

KARMA  
AL  
INSTANTE

MARISSA  
MEYER



Pru vive en una ciudad costera y, tras una noche de fiesta con sus amigos, descubre que acaba de adquirir una sorprendente habilidad: desatar karma al instante.

Sin pensárselo dos veces, Pru comienza a usar su nuevo poder para castigar a cotillas que se dedican a extender rumores o a vándalos maleducados... Pero hay una persona con la que no parece funcionar: Quint Erickson, su compañero de laboratorio, que es un vago redomado. Quint es, además de irritablemente atractivo, impresionantemente noble, y resulta toda una experiencia verlo trabajar en el centro de rescate de animales marinos.

Cuando Pru se resigna a trabajar en el centro de rescate por un crédito extra, comienza a descubrir cosas acerca de las crías de nutria, de los desastres medioambientales y de cómo funciona el amor... no necesariamente en este orden. Sus nuevas habilidades pronto le mostrarán lo fina que es la línea entre la virtud y la vanidad, entre la generosidad y la avaricia... el amor y el odio... y el destino.

*Para papá, que siempre llenó nuestro hogar de música.*

Quint Erickson llega tarde.

Otra vez.

No debería sorprenderme. No me sorprende. Estaría más sorprendida si, por una vez, hubiera llegado a tiempo. Pero ¿en serio? ¿Hoy? ¿De entre todos los días posibles?

Hiervo de rabia en mi asiento mientras marco un ritmo con los dedos sobre el tablero de la presentación, plegado encima de la mesa de laboratorio. Mi atención está dividida: observo el reloj sobre la puerta del aula y repito en silencio las palabras que llevo memorizando toda la semana.

*Nuestras playas y costas son el hogar de muchas especies importantes. Desde peces y mamíferos, tortugas marinas y...*

–Tiburones –dice Maya Livingstone desde la pizarra–. Los tiburones llevan décadas siendo gravemente maltratados por Hollywood. ¡No son los monstruos que los humanos los han hecho parecer!

–Además –añade su compañero de laboratorio, Ezra Kent–, ¿quién se está comiendo a quién en realidad? Quiero decir: tíos, ¿sabéis que hay gente que come tiburón?

Maya lo mira, frunciendo el ceño.

–En general solo se comen sus aletas. Para ser exactos.

–¡Claro! Hacen sopa con ellas –dice Ezra–. La sopa de aleta de tiburón es... una exquisitez, porque es en plan... gomosa y crujiente *al mismo tiempo*. ¿Cómo es posible eso? Pero, a ver, yo la probaría sin pensármelo.

Algunos de nuestros compañeros fingen arcadas de asco, aunque estaba claro que Ezra intentaba conseguir justo esa reacción. La mayoría lo llama Ez, que en inglés significa *fácil*. Yo creía que era una referencia a sus numerosas experiencias sexuales, pero ahora pienso que es so-

lo porque tiene fama de ser muy bromista. Los profesores de nuestro centro saben que no deben dejar que se siente con Quint.

–Bueno, da igual –dice Maya, tratando de reconducir la presentación. Continúa hablando de los horribles métodos que usan los pescadores para atrapar a los tiburones y cortarles las aletas antes de devolverlos al agua. Sin sus aletas, los animales se hunden hasta el fondo del océano y allí se asfixian o son devorados vivos por otros depredadores.

Toda la clase hace una mueca de disgusto.

–¡Y después los convierten en sopa! –añade Ezra, solo por si alguien se ha perdido esa parte.

Pasa otro minuto. Me muerdo el interior de la mejilla, intentando calmar los nervios que se retuercen en mi interior. La misma diatriba enfadada comienza a repetirse en mi cabeza por millonésima vez este año.

Quint Erickson es lo peor.

Incluso se lo recordé ayer. Acuérdate, Quint, la gran presentación es mañana. Tienes que traer el informe. Se supone que vas a ayudarme con la presentación. Así que, por todas las cosas buenas y justas de este mundo, esta vez no llegues tarde.

¿Su respuesta?

Se encogió de hombros.

*Soy un tipo ocupado, Prudence. Pero haré todo lo que pueda.*

Vale. Porque seguro que tiene muchas cosas que hacer antes de las ocho y media de la mañana de un martes.

Sé que puedo hacer la presentación sola. Después de todo, he hecho toda la investigación sin él. Pero se supone que él va a traer nuestro informe y las fotocopias, las que el resto de la clase mirará mientras hablamos. Las que mantendrán sus ojos aburridos y desinteresados lejos de mí.

La clase comienza a aplaudir con poco entusiasmo y vuelvo a prestar atención. Uno las manos en un aplauso, en dos, antes de bajarlas sobre la mesa. Maya y Ezra recogen su tablero. Miro a Jude, en la primera fila. Aunque solo veo la parte de atrás de su cabeza, sé que no ha apartado los ojos de Maya desde que esta se ha levantado, y que no lo hará hasta que se siente de nuevo y no tenga más remedio que mirar a otra parte o arriesgarse a llamar la atención. Quiero mucho a mi hermano, pero su interés por Maya Livingstone es evidente desde quinto y, si soy sincera, comienza a parecer un poco imposible.

Yo lo comprendo. De verdad que sí. Después de todo, se trata de *Maya Livingstone*. Casi todos los de nuestra clase están colgados por ella. Pero también conozco a mi hermano. Él nunca reunirá las agallas para pedirle salir.

Por tanto, es imposible.

Pobre chico.

Pero volvamos a la pobre yo. Maya y Ezra han regresado a sus asientos y todavía no hay ni rastro de Quint. Ni rastro de las fotocopias que se supone que va a traer con él.

En un acto desesperado, busco en mi bolsa mi lápiz de labios rojo y me aplico rápidamente una nueva capa, por si ha empezado a desvanecerse desde que me he maquillado antes de entrar en clase. No me gusta llevar demasiado maquillaje, pero un labial potente es un empujón instantáneo para mi confianza. Es mi armadura. Mi arma.

*Puedes hacerlo*, me digo a mí misma. *No necesitas a Quint*.

El corazón ha comenzado a gorjear en el interior de mi pecho. Mi respiración se acelera. Vuelvo a guardar el carmín en mi bolso y saco las tarjetas para ayudarme en la presentación. No creo que vaya a necesitarlas. Lo he ensayado tantas veces que hablo de hábitats y medioambiente en sueños, pero tenerlas conmigo me ayudará a calmar mis nervios desquiciados.

Al menos, creo que lo haré. Espero que lo haga.

Hasta que me asalta el miedo repentino a que el sudor de mis palmas haga que la tinta se corra, volviéndola ilegible, y mis nervios vuelven a ir a toda máquina.

—Con esto llegamos a la última presentación del año —dice el señor Chavez, echándome una mirada casi compasiva—. Lo siento, Prudence. Lo hemos retrasado tanto como hemos podido. Quizá Quint se una a nosotros antes de que termines.

Fuerzo una sonrisa.

—No pasa nada. De todos modos, había planeado encargarme de la mayor parte de la presentación.

No es verdad: claro que pasa. Pero no puedo hacer nada al respecto.

Me levanto con lentitud, me guardo las notas en el bolsillo y agarro el tablero de la presentación y la bolsa que he traído, llena de materiales extra. Me tiemblan las manos. Me detengo apenas lo suficiente para exhalar, para apretar los ojos con fuerza, para repetir lo que siempre me digo a mí misma cuando tengo que hablar o actuar delante de gente.

*Solo serán diez minutos de tu vida, Prudence, y después habrá terminado y podrás seguir adelante. Solo diez minutos. Puedes hacerlo.*

Abro los ojos, enderezo los hombros y me dirijo a la mesa del profesor.

No es que se me dé mal hablar en público. En realidad, creo que se me da bastante bien, una vez que empiezo. Sé proyectar la voz para que todo el mundo me oiga. Siempre practico sin descanso los días previos para no trastabillar, y me esfuerzo por mostrarme animada y divertida.

Solo temo el momento antes de empezar. Siempre estoy segura de que algo irá mal: me quedaré en blanco y lo olvidaré todo; comenzaré a sudar; me pondré roja; me desmayaré.

Pero, una vez que empiezo, normalmente todo va bien. Solo tengo que empezar... Y después, antes de darme cuenta, habrá terminado. Y oiré lo que siempre oigo: *Vaya, Prudence. Has estado muy natural. Eres una oradora genial. Buen trabajo.*

Palabras para aplacar mi alma frenética.

Al menos, mis profesores suelen decirme cosas así. Mis compañeros rara vez se molestan en prestarme tanta atención.

Lo que me parece perfecto.

Tardo un par de segundos en prepararlo todo: equilibrio el tablero de la presentación sobre la bandeja de la pizarra blanca y dejo la bolsa de regalos sorpresa a un lado. Después, arrastro la pequeña mesa con ruedas donde está la maqueta que he traído antes de que comenzara la clase, todavía oculta bajo una sábana azul.

Tomo mis tarjetas con una mano y el puntero telescópico que el señor Chavez usa para señalar detalles en sus presentaciones de PowerPoint con la otra.

Sonrío a mis compañeros.

Intento atraer la atención de Jude, pero está garabateando en su cuaderno de bocetos y no acepta mensajes entrantes.

Jolín, hermanito. Gracias por el apoyo.

El resto de los alumnos me mira, prácticamente comatosos por el aburrimiento.

Tengo el estómago revuelto.

*Solo tengo que comenzar.*

*Serán apenas diez minutos.*

*Va a salir bien.*

Tomo aliento.

—Había preparado unas fotocopias para que pudierais seguir la presentación —comienzo. Mi voz suena aguda y me detengo para aclararme la garganta antes de continuar—. Se suponía que iba a traerlas Quint y... no ha veni-

do. –Aprieto los dientes. Quiero gritar que esto es una injusticia. ¡El resto de las parejas han aparecido todas!

Pero mi compañero, sencillamente, ha pasado del tema.

–Bueno –continúo, agitando el puntero dramáticamente en el aire–. Vamos allá de todos modos.

Me detengo delante del tablero y exhalo entrecortadamente.

*Solo tienes que empezar.*

Sonriendo de oreja a oreja, me lanzo a mi introducción ensayada.

–Si hay algo que hemos aprendido sobre biología marina, gracias a la labor excepcional del señor Chavez –me detengo para señalar con entusiasmo a nuestro profesor. Él me señala a mí, con notable menos emoción–, es que en Fortuna Beach tenemos la suerte de contar con una exuberante vida marina. Nuestras playas y costas son el hogar de muchas especies importantes. Desde peces y mamíferos, tortugas marinas y tiburones...

–Los tiburones *son* peces –dice Maya.

Me tenso y la fulmino con la mirada. Nada estropea tanto una bien ensayada presentación como una interrupción innecesaria.

Las interrupciones son el enemigo.

Recupero la sonrisa. Me siento tentada de empezar de nuevo, pero me obligo a continuar por donde iba. *Desde peces y mamíferos, tortugas marinas y tiburones...*

–Hasta los ricos ecosistemas de plancton y otra vegetación que encontramos en Orange Bay. Estos recursos son un regalo y es nuestra responsabilidad no solo disfrutar de ellos, sino protegerlos. Y esta es la razón por la que, en nuestro proyecto semestral, Quint y yo hemos decidido concentrar nuestros esfuerzos en... –Hago una pausa para dar a mis palabras un efecto dramático–. ¡La conservación del entorno marino a través del ecoturismo!

Con una floritura, agarro la tela azul y tiro de ella para revelar mi maqueta hecha a mano de la calle Mayor, el centro neurálgico del turismo de Fortuna Beach, que corre paralela a la playa y al paseo marítimo.

No me resisto a mirar a mi alrededor para ver las reacciones de mis compañeros de clase. Algunos, en las primeras filas, estiran el cuello para ver la maqueta, pero un buen número mira sin ver a través de las soleadas ventanas o intenta escribir un mensaje disimuladamente en el teléfono que tiene escondido debajo de la mesa de laboratorio.

El señor Chavez, al menos, parece intrigado. Y Jude ha alzado la mirada, sabiendo de primera mano las largas y agotadoras horas que he tardado en preparar esta presentación. Me mira y levanta los pulgares, un gesto sutil, aunque alentador.

Me coloco detrás de la mesa para señalar las características más importantes del diorama. Me ha subido la adrenalina y ya no me siento como si fuera a desmayarme o a enroscarme en un ovillo. Ahora me siento llena de energía.

—Nuestro nuevo centro turístico será el Orange Bay Resort y Spa, una instalación que acogerá a una clientela exclusiva. Visitantes que aprecian el lujo, que buscan aventura, pero que... ¡Carambolas! —Chasqueo los dedos con descaro—. También están preocupados por la protección del medioambiente. —Señalo el edificio más alto con el puntero—. Gracias a la utilización de materiales de construcción reciclados y a los sistemas de ahorro de agua y energía, este complejo estará en boca de todos. Pero nuestros turistas no solo vendrán aquí a dormir: vendrán a descubrir nuestra dudad. Y esa es la razón por la que Fortuna Beach necesitará puntos de alquiler de bicicletas eléctricas ubicados en ambos extremos del paseo marítimo... —golpeo con el puntero los pequeños puestos de bicicletas— y un centro de alquiler de embarcaciones eléc-

tricas que partirán del muelle privado del complejo. –Toc –. Pero, lo que realmente atraerá al turismo, lo que hará que Fortuna Beach se convierta en un destino imprescindible para nuestros viajeros «ecoconscientes»...

La puerta del aula se abre y golpea con fuerza la pared. Me sobresalto.

–¡Lo siento, señor Chavez! –La voz me eriza el vello de la nuca. Mi sorpresa se desvanece, reemplazada por una ira que apenas consigo contener.

Aprieto el puntero mientras mis ojos viajan hacia Quint Erickson. Camina entre las mesas y choca los cinco con Ezra, su saludo diario habitual.

Una parte de mí habría deseado que se detuviera junto a la primera fila y se ofreciera a chocar los cinco conmigo, a modo de saludo. Habría sido una oportunidad perfecta para pegarle con el puntero.

Aprieto los dientes y observo la parte de atrás de su cabeza con el ceño fruncido mientras camina hasta la mesa de laboratorio que compartimos en la última fila y suelta su mochila. La cremallera es tan estridente como el motor de un caza. Comienza a silbar (a *silbar*) mientras busca en el caos de papeles, libros, bolígrafos y nueve meses de basura acumulada que guarda en esa cosa.

Espero. Alguien de la clase tose. Por el rabillo del ojo, veo que Jude empieza a moverse, incómodo por mí. Aunque, por alguna razón, yo no estoy incómoda. Normalmente, una interrupción tan enorme como esta me convertiría en un desastre aturullado, pero justo ahora estoy demasiado ocupada estrangulando el puntero mientras pienso que es el cuello de Quint. Podría quedarme aquí todo el día, en incómodo silencio o sin él, esperando a que Quint se dé cuenta de la perturbación que ha causado.

Pero, para mi infinita frustración, mi compañero parece felizmente ignorante. De mi enfado. De que me ha detenido en mitad de *nuestra* presentación. Del silencio incómo-

do. Ni siquiera estoy segura de que sepa qué significa *incómodo*.

—¡Ajá! —anuncia triunfalmente, sacando una carpeta verde neón de la mochila. Incluso desde aquí puedo ver que tiene una esquina doblada. La abre y empieza a sacar fotocopias. No sé cuántas. Tres o cuatro por persona, seguramente a doble cara, porque ¿quién malgasta papel en una presentación sobre ecologismo?

Al menos, espero que lo haya hecho a doble cara.

Quint reparte las fotocopias, grapadas para nuestros compañeros y en una carpeta de tres anillas para el señor Chavez. No lo hace con el eficiente método de «toma uno y pásalo al siguiente» que yo habría elegido, posiblemente porque es el ser humano más incompetente del planeta. No, él camina de un lado a otro por los pasillos, repartiendo las fotocopias una a una. Sonriendo. Recibiendo sonrisas. Podría ser un político, conquistando a las masas con su paso despreocupado y su sonrisa tranquila. Una de las chicas incluso pestañea mientras acepta las fotocopias y murmura un coqueto: «Gracias, Quint».

Mis nudillos se han vuelto blancos alrededor del puntero. Imagino a Quint golpeándose el dedo del pie con la pata de una mesa o resbalando sobre algún producto químico de laboratorio derramado y torciéndose un tobillo. O... No, mejor. Me imagino que, debido al retraso y a las prisas, se ha traído la carpeta equivocada y acaba de repartir treinta y dos copias de una apasionada carta de amor para nuestra directora, la señora Jenkins. Ni siquiera él sería inmune a una humillación así, ¿verdad?

Nada de eso ocurre, por supuesto. Mis sueños de justicia cósmica nunca se hacen realidad. Pero, de algún modo, cuando Quint llega a las primeras filas y se digna a mirarme por fin, mis nervios se han calmado. El cambio en él es instantáneo: se pone a la defensiva, levanta la barbilla y sus ojos se oscurecen mientras nos preparamos para la batalla. Algo me dice que ha estado preparándose para

este momento desde que ha entrado en el aula. No es de extrañar que se haya tomado su tiempo repartiendo las fotocopias.

Intento sonreír, pero se parece más a una mueca.

–Me alegro mucho de que finalmente puedas acompañarnos.

Aprieta la mandíbula.

–No me lo habría perdido. Compañera.

Posa los ojos en la maqueta y, por un instante, hay un atisbo de sorpresa en su rostro. Quizá incluso esté impresionado.

Debería estarlo. Impresionado y también avergonzado porque esta es la primera vez que la ve.

–Bonita maqueta –murmura, ocupando su lugar al otro lado de mi calle Mayor en miniatura–. Veo que has omitido el centro de recuperación que sugerí, pero...

–Quizá, si hubiera tenido más ayuda, podría haberme encargado de peticiones aleatorias.

Quint emite un gruñido grave.

–Rehabilitar a los animales que resultan heridos debido al turismo y al consumismo no es...

El señor Chavez tose sonoramente en su puño, interrumpiendo la discusión. Nos echa a ambos una mirada cansada.

–Dos días más, chicos. Solo tendréis que sufriros dos días más, literalmente. ¿Podemos continuar con esta presentación sin derramamientos de sangre? Por favor.

–Por supuesto, señor Chavez –digo.

–Lo siento, señor Chavez –dice Quint al unísono.

Lo miro.

–¿Puedo continuar, o tienes algo más que aportar?

Quint hace una reverencia y agita una mano en mi dirección.

–El escenario es tuyo –dice, antes de añadir entre dientes–: Aunque tampoco es que vayas a compartirlo.

Algunos de nuestros compañeros de la primera fila lo oyen y se ríen con disimulo. Oh, sí, es graciosísimo. La próxima vez probad vosotros a trabajar con él, ya veréis lo divertido que es.

Sonrío una vez más.

Pero, cuando me giro de nuevo hacia el tablero, se me queda la mente en blanco.

¿Por dónde iba?

Oh, no. *Oh, no.*

Ya está. Mi peor pesadilla. Sabía que esto ocurriría. Sabía que me olvidaría.

Y todo es culpa de Quint.

El pánico me inunda mientras saco mis tarjetas y las hojeo con una sola mano. *Resort y Spa... Alquiler de bicicletas eléctricas...* Se me caen al suelo un par de tarjetas. De repente siento la cara tan caliente como los quemadores de la cocina.

Quint se agacha y recoge las notas que se me han caído. No se las quito. Tengo el corazón desbocado. Puedo sentir los ojos de toda la clase clavándose en mí.

Odio a Quint, su completa indiferencia hacia cualquiera que no sea él mismo, su rechazo a aparecer alguna vez a tiempo. Su incapacidad para hacer algo útil.

—¿Quieres que diga algo? —me pregunta.

—¡Lo tengo controlado! —le espeto.

—Muy bien, de acuerdo. —Levanta las manos a la defensiva—. Solo era una sugerencia. Esta también es mi presentación, ¿sabes?

Claro. Porque ha hecho mucho para ayudar a prepararla.

—¿Qué es lo que hará que Fortuna Beach se convierta en un destino imprescindible? —susurra Jude. Me quedo inmóvil, mirándolo, tan agradecida con él como enfadada estoy con Quint. Jude vuelve a levantar los pulgares y puede que nuestra telepatía de mellizos esté funcionando

hoy, porque estoy segura de que puedo oír sus palabras de ánimo. *Lo tienes hecho, Pru. Relájate.*

Mi ansiedad disminuye. Por millonésima vez, me pregunto por qué el señor Chavez tiene que torturarnos asignándonos compañeros de laboratorio cuando Jude y yo habríamos sido un equipo increíble. Este último año habría sido un paseo por el parque de no haber sido por Biología Marina y Quint Erickson.